

## LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehúsan recibir á los reos acusados.—Les ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa de ayuntamiento foco de la insurreccion.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot á la puerta del Carrousel.—Le detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Coffinhal le arrastra á la casa de ayuntamiento.—Coffinhal liberta á Henriot.—Continúa la sesion de la Convencion.—Bourdon de l'Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el exterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas.—Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa de ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras rodea la casa de ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inaccion.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de *Viva la Convencion!*—Dulac echa abajo las puertas de la casa de ayuntamiento.—Lebas se tira un pistoletazo.—Robespierre el jóven se precipita por una ventana.—Coffinhal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa del ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe una quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les conduce á la Conserjeria.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prision de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley á los presos, y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolucion.

### I

La hora era crítica. Los dos comités de gobierno permanecian en las Tullerías mientras estaba suspendida la sesion de la Convencion. Aquella suspension era peligrosa, porque la Convencion no tenia en aquellos momentos más fuerza que la suya propia. Dar lugar á reflexionar, era volver á la tiranía; el valor no es más que un acceso en los cuerpos políticos. Así era que los conjurados contra Robespierre, inquietos por los caprichos de las mayorías y por la falta de resolucion en las opiniones de una asamblea que no tenia fuerza, habian preferido el peligro de obrar solos al de tener que consultar á la Convencion á cada instante que lo reclamaba la necesidad.

Despues de un corto interrogatorio en el comité de seguridad general, Robespierre fué enviado al Luxemburgo, su hermano á San Lázaro, Saint-Just á los Escoceses, Lebas á la Fuerza, y Couthon á la Bourbe. Cada uno de ellos fué acompañado por una escolta de gendarmería de escasa fuerza, pero ninguno fué recibido en su prision.

Se ha pretendido que el terror que causaban aquellos grandes nombres excitaba respeto en los carceleros, y que ningun calabozo se atrevió á abrirse para los dueños del dia anterior. Sin embargo, el calabozo que se habia abierto á Danton bien podia haberse abierto á Robespierre. Por otra parte, si el nombre de Robespierre podia hacer titubear al carcelero del Luxemburgo, los nombres de Lebas,

de Saint-Just y de Couthon no tenian igual prestigio. ¿Cómo fué que los carceleros de tantas cárceles diversas situadas en las extremidades de Paris, que jugaban sus vidas por una desobediencia á las órdenes de los comités, tuvieron el mismo respeto, á la misma hora, bajo la misma forma y ante tan diferentes acusados? El secreto de este misterio estará quizá en la política temeraria pero astuta de los directores del movimiento. Presentian, segun aseguran los hombres de aquel tiempo, con el instinto del odio y del temor, que el tribunal revolucionario, adherido á Robespierre, daria por inocentes á los acusados; que cambiar el tribunal revolucionario era una medida que reclamaba bastante tiempo; que áun reconstruido el tribunal revolucionario, la causa sería larga y terrible; que el pueblo, agrupado durante muchos dias alrededor del tribunal, no se dejaria arrancar al gran acusado; en fin, que faltarian motivos serios de acusacion contra Robespierre, y que volviendo despues de absuelto á la Convencion, como Marat, no volveria como perdonado, sino como acusador. Estos motivos determinaron á los thermidorianos. Dos cosas necesitaban: una accion pronta y un delito aparente. Habian puesto á Robespierre al borde del crimen, y era necesario precipitarle á los ojos de la Representacion nacional, y dar al sacrificio pronto é irremisible del tirano de la Convencion el pretexto de una insurreccion del pueblo intentada por él.

Mientras que los comités enviaban á los acusados así dispersos, en medio del dia y por los cuarteles populosos, á las cárceles, algunos emisarios confidentiales llevaban á los carceleros la insinuacion verbal y secreta para que no los recibiesen. Rechazados de las puertas de las cárceles, las reuniones de gente no podian tardar en formarse alrededor de ellos y acompañarlos en triunfo. De este modo tendrian un crimen que castigar en su aparente desobediencia, tendiendo la sedicion como un lazo. Por peligrosa que fuese la sedicion del pueblo, era ménos á los ojos de los enemigos de Robespierre que las fluctuaciones de la Convencion y el juicio del dictador. Tal es la version de los antiguos testigos ó autores de aquella oscura jornada, que es admisible á pesar de su inverosimilitud; pero es tambien probable que los adictos del partido de Robespierre se evadiesen de la Convencion en el momento en que se pronunciaba la prision, y que se apresurasen á intimar á los carceleros la recomendacion de no admitir á los acusados. Tal vez hayan coincidido estos dos pensamientos. Como quiera que sea, cada uno de ellos fué rechazado de la cárcel adonde le habian dirigido, y en seguida arrancados á los gendarmes que los escoltaban, rodeados por grupos de jacobinos y conducidos en triunfo á la municipalidad. Por su parte, Payan y Coffinhal habian lanzado un grito en seguimiento de los acusados para libertarlos. La misma idea, pero con intencion contraria, salia al mismo tiempo de la casa de ayuntamiento y del comité de seguridad general: aquéllos querian dar un jefe, éstos un pretexto á la insurreccion.

### II

Sin embargo, la insurreccion estaba léjos de ser un juego sin peligro para los enemigos de Robespierre. Era inminente y organizada desde por la mañana en una parte del pueblo de Paris, y no esperaba más que la señal. Su foco estaba en la casa de ayuntamiento. Fleuriot, Payan, Dobsent, Coffinhal y Henriot permanecian allí desde el dia anterior. Los Jacobinos tambien estaban en sesion perma-



nente, bajo la presidencia de Vivier. La municipalidad había recibido de minuto en minuto por sus emisarios noticia de lo que pasaba en la Convencion. A la primera noticia de la derrota de Robespierre, había nombrado un comité ejecutivo compuesto de doce miembros; cada uno de ellos se había apresurado á arengar, insurreccionar y armar á las secciones. La plaza del ayuntamiento se erizaba de bayonetas. Los artilleros de Henriot con sus piezas y la gendarmería nacional, prestaban allí el juramento de librar á la Convencion de sus opresores. La campana tocaba á rebato en algunas torres de las extremidades de Paris. La llamada se tocaba en las calles más concurridas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo. La guardia nacional, acostumbrada á los triunfos de la municipalidad, se reunía en sus puestos. Los diques, los puentes y las plazas inmediatas á la casa de ayuntamiento hasta el Puente Nuevo no eran más que un campamento.

Por el contrario, las cercanías de las Tullerías estaban desiertas y silenciosas como un suelo sospechoso. Los arrabales afluían en bandas amenazadoras á la llamada de los ayudantes de campo de Henriot y de los emisarios de Coffinhal. Todo presagiaba la victoria á los vengadores de Robespierre, y obraban ya con insolencia. Un enviado de la Convencion que se presentó á la municipalidad para intimarle el decreto de prision de Henriot, y para llamar á Payan y Fleuriot á la barra, fué silbado, insultado y maltratado en la escalera de la casa de ayuntamiento. Aquél pidió recibo del decreto. «Vé á decir á los que te envían—respondió el corregidor Fleuriot—que en un día como el de hoy no se dan recibos. Dí á Robespierre que no tenga cuidado, porque el pueblo está detras de él.» «Dí á los malvados que insultan á ese gran ciudadano—añadió Henriot con un juramento de cuartel—que estamos deliberando para exterminarlos...»

La prision de Robespierre, anunciada unos momentos despues por algunos cómplices escapados de las tribunas, llevó hasta el frenesí la exaltacion de la municipalidad. Henriot tiró del sable y juró que llevaría atados á la cola de su caballo á los malvados que se atrevían á tocar al ídolo del pueblo. De pié en medio de sus ayudantes, y junto á una mesa llena de botellas, en la antesala de la casa de la municipalidad, Henriot buscaba los consejos en la embriaguez, y el valor en las imprecaciones. Durante aquella orgía del comandante general, el corregidor arengó al Consejo en términos que pintaban sin descubrirla enteramente la insurreccion. Payan redactó un manifiesto en el que denunciaba al pueblo á los opresores del más virtuoso de los patriotas, Robespierre, de Saint-Just, apóstol de la virtud, y de Couthon, *que no tiene más que el corazon y la cabeza vivos*, decia Payan, *y cuya llama patriótica ha consumido ya el cuerpo*.

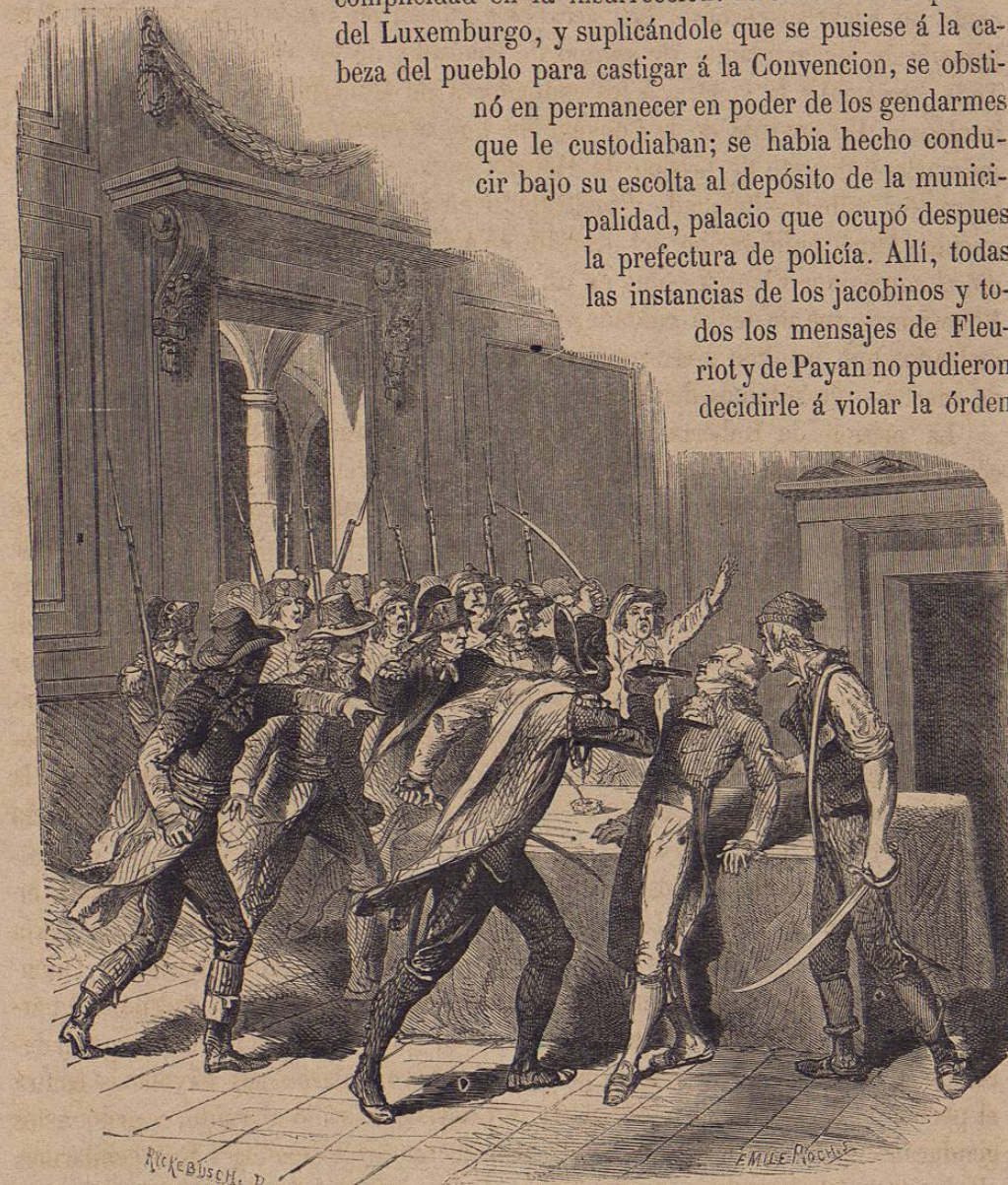
Tomadas aquellas disposiciones, Henriot montó á caballo con las pistolas en la mano, y fué á galope al Luxemburgo, llevando un peloton de gendarmería detras de él. Recorrió la calle de San Honorato, y reconociendo á Merlin de Thionville entre la multitud, le prendió, le injurió y le dejó preso en un cuerpo de guardia. Al llegar á la verja del Carrousel, Henriot quiso penetrar; pero los granaderos de la Convencion, aunque en pequeño número, calaron sus bayonetas contra el pecho de su caballo. Un oficial de la Convencion salió al ruido, y gritó á los gendarmes: «¡Prended á ese rebelde! ¡Un decreto os lo manda!» Los gendarmes obedecieron á la ley; detienen al general, le hacen apear, le atan con sus cinturones, y le arrojan ebrio en una de las salas del comité de seguridad general.

## III

Miéntas que Henriot sucumbía de este modo á las puertas de la Convencion, á Saint-Just, Lebas y Couthon los llevaban en triunfo sus libertadores hácia la plaza del ayuntamiento. El Consejo municipal llamaba á grandes voces á Robespierre. Sabían por el rumor público que el conserje del Luxemburgo había rehusado recibirle; se preguntaban si los malvados de la Convencion habrían asesinado al virtuoso ciudadano en el acto mismo de su obediencia á la ley; ignoraban los motivos de su ausencia. Fleuriot, Payan y Coffinhal tranquilizaron bien pronto al Consejo, y aumentaron el entusiasmo refiriendo la abnegacion de Robespierre.

Hé aquí lo que pasó:

Robespierre quería morir ó triunfar puro, al ménos en la apariencia, de toda complicidad en la insurreccion. Rodeado en la puerta del Luxemburgo, y suplicándole que se pusiese á la cabeza del pueblo para castigar á la Convencion, se obstinó en permanecer en poder de los gendarmes que le custodiaban; se había hecho conducir bajo su escolta al depósito de la municipalidad, palacio que ocupó despues la prefectura de policía. Allí, todas las instancias de los jacobinos y todos los mensajes de Fleuriot y de Payan no pudieron decidirle á violar la orden



Prision de Robespierre en la casa de la ciudad.—Pág. 491.



de su prision. Preso por consecuencia de una ley de sus enemigos, queria triunfar ó sucumbir vencido por la ley. Creia que el tribunal revolucionario le absolveria; pero aún cuando le condenase, la muerte de un justo, decia, sería ménos funesta á la república que el ejemplo de una rebelion contra la Representacion nacional. Robespierre, confinado voluntariamente tres horas en la prefectura de policia, no cedió sino á una patriótica violencia de Coffinhal, que fué á dispersar á los gendarmes, sacarle de su prision y llevarle á la sala del Consejo general de la municipalidad. «Si hay crimen será mio, y si hay gloria será para tí y la libertad del pueblo,—le dijo Coffinhal.—Los escrúpulos son para el crimen, jamás para la virtud. Salvádotte, salvas la libertad y la patria. Atrévete á ser criminal á este precio.»

Pero en el mismo momento en que Robespierre, arrebatado más bien que llevado por Coffinhal, entraba en la sala del Consejo, ahogado por los brazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebas y de Couthon, le anunciaron la prision de Henriot. Coffinhal, sin perder un momento, bajó á la plaza, arengó á algunos pelotones de seccionarios, hizo que le siguiesen, se armó con un fusil, y marchó á la cabeza de aquella columna al comité de seguridad general. Se lanzó con su arma en la mano en los corredores y en las salas exteriores de la parte de las Tullerías, en donde estaba establecido el comité. Allí encontró á Henriot dormido por la embriaguez. Le puso en libertad, le hizo subir á su caballo, que aún permanecía atado á una reja del Carrousel, y le llevó á sus artilleros. Despertado Henriot, animado, libre y ardiendo por vengar su vergüenza, se precipitó hácia sus baterías, y volvió las piezas contra la Convencion.

## IV

Eran las siete de la tarde. Esta era la hora en que los diputados dispersos volvan á la sesion. La consternacion se mostraba en todos los semblantes. En voz baja se comunicaban los siniestros presagios que habian recogido durante las horas de inaccion: el juramento de los Jacobinos de morir ó triunfar con Robespierre, la evasion de los presos, los grupos sediciosos amontonándose en los arrabales, la campana que sonaba á lo léjos, las secciones que se reunian á la municipalidad, los cañones apuntados hácia las Tullerías, la soledad que reinaba alrededor de la Convencion, la temeridad de los comités en despreciar á un pueblo armado con la fuerza abstracta de la ley, la proximidad de tres mil jóvenes alumnos de la nacion, pretorianos de Robespierre, acudiendo desde el Campo de Marte á la voz de Labreche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tímidos exageraban el peligro, los indecisos le aumentaban, y los cobardes aparecian en las puertas, sondeando el terreno y desapareciendo. Los miembros de los comités, expulsados del sitio ordinario de sus sesiones por la invasion de Coffinhal, advertidos de la presencia de Henriot en el Carrousel, deliberaban en pié en un gabinete próximo á la sala de las sesiones públicas. Toda la fuerza legal descansaba sólo en ellos. La salvacion de la Convencion estribaba en su actitud; una palabra podia perderla, una señal salvarla.

En aquel momento la Convencion se elevó á la altura de su peligro, y no desesperó de la representacion nacional ante los cañones apuntados contra el recinto de las leyes.

Bourdon de l'Oise apareció en la tribuna. Todas las conversaciones particulares cesaron. Bourdon anunció que los Jacobinos acababan de recibir una diputacion de la municipalidad, y que habian fraternizado con los insurgentes. Aconsejó á la Convencion que fraternizase tambien con el pueblo de Paris, y que calmase, mostrándose como en el 31 de Mayo, la efervescencia de los ciudadanos. Merlin refirió su arresto por los satélites de Henriot y su libertad por los gendarmes. Legendre, que volvió á hallar en lo desesperado de las circunstancias y en la ausencia de Robespierre la energía de sus primeros dias, enardeció los ánimos abatidos. Un tumulto exterior le interrumpió.

Era Henriot que acababa de mandar á sus artilleros que echasen abajo las



Clausura del club de los Jacobinos.—Pág. 492.

puertas. Billaud-Varennes denunció aquel atentado. Algunos diputados se precipitaron fuera del salon. Collot-d'Herbois ocupó su puesto de presidente. Aquel asiento, situado enfrente de la puerta, debía recibir los primeros disparos. «¡Ciudadanos,—exclamó Collot cubriéndose y sentándose,—ved aquí el momento de morir en nuestros puestos!» «¡Morirémos!»—le respondió la Convencion entera sentándose como para esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas, electrizados por aquella actitud, se levantaron jurando defender la Convencion, salieron en tumulto y se esparcieron en los jardines, en los patios y en los barrios inmediatos, gritando: «¡A las armas!» La Convencion dictó un decreto poniendo fuera de la ley á Henriot. Amar salió escoltado por sus más intrépidos colegas y arengó á las tropas. «Artilleros,—les dijo,—¿deshonraris á vuestra patria despues de haber merecido tantas veces su benevolencia? Ved ese hombre que está embriagado. ¿Quién sino un ebrio pudiera mandar hacer fuego contra la Representacion y contra la patria?»

Conmovidos los artilleros por aquellas palabras, é intimidados por el decreto, rehusaron obedecer á su jefe. Henriot, casi abandonado, trasladó con trabajo sus